Núm. 15.

L.C
180

AGUSTINA DE ARAGON.

BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO - VALENCIA

ROMANCE HISTÓRICO.

En la ciudad que cobija
con los pliegues de su manto
la que es de los cielos reina
y madre de los cristianos;
En esa ciudad invicta
ceñida de eternos lauros,
que besan las turbias ondas
del Ebro apacible y manso.
En Zaragoza la noble
pasaron los tiernos años
de la muger valerosa
objeto de este relato.
Hija del pueblo, Agustina
de Aragon era un dechado
de candidez, de virtud,
de hermosura y de recato.
Alta de estatura, blanca,
de color puro y rosado,
de negros ojos de fuego,
de cabello undoso y largo,
de boca pequeña y roja,
de talle enhiesto y gallardo,
y bajo la corta saya
luciendo los pies enanos
de raso y de estambre fino
con rico primor calzados,
era tal vez Agustina,
sin saberlo y sin pensarlo,
la mas hermosa doncella
del suelo zaragozano.
Pasaron sus veinte abriles,
dulces, tranquilos y blandos,
que veloz el tiempo corre
cuando le llena el trabajo.
Entre mullidas alfombras
y ricos artesonados,
quizás habite el hastío
azote de los humanos;
mas en el hogar humilde
del que cultiva los campos,
la saludable fatiga
dá serenidad al ánimo.

—

Retumba el grito de guerra,
y hasta el confinado se alzan
los soberbios Pirineos,
se oye el grito de—¡venganza!
Hombres, mugeres y niños
con ímpetu se levantan
como una sola persona
á defender á la patria.
¡La patria! ¡mágico nombre,
santa y augusta palabra,
á cuyo eco prepotente
el corazon se dilata!
¡Patria! ¡tu nombre querido
grabado llevo en el alma,
que no es español, ni es noble,
quien no te venera y ama!

. . . . . .

El invasor, roto el dique
de su ambiciosa arrogancia,
osó provocar la cólera
del bravo leon de España.
¡Campos de Aragon floridos!
¡montes vestidos de gualda!
¡bosques inmensos, que llenan
los suspiros de las auras!
¡Córte de Pedro el Terrible,
del justiciero monarca,

BIBLIOTECA VALENCIANA

6090

terror de los agarenos,
vencedor en cien batallas!
¡Ebro rico y caudaloso
que sustentas en tu espalda
el espléndido palacio
de la Vírgen soberana!
¡Cano y altivo Moncayo
en cuyas nieves se bañan
las águilas arrogantes
que miran del sol la llama!
¡Castellar, que hospitalario
abrigas en tus gargantas
ejércitos de pastores,
rebaños de ovejas blancas!
De vuestros cóncavos senos
solo una voz se levanta,
y desde la sierra al valle
repite el eco—¡venganza!
Ya Zaragoza la invicta
está de tropas cercada,
y el cañon del enemigo
por doquiera la amenaza.
El sol de Julio sus rayos
sobre la tierra derrama,
y de los hijos de Augusta
enardece la pujanza.
Mugeres, ancianos, niños
se mezclan en la batalla,
y hacen pacto con la muerte
primero que con la infamia.
Mas ¡ay! muy débiles son
las trincheras que levanta
el pueblo zaragozano
para contener la audacia
de los crueles invasores
que su esclavitud preparan.
En la puerta del Portillo
silban mortíferas balas,
y heridos los artilleros
las piezas quedan sin guarda,
y al enemigo no envian
la destructora metralla.
Ayes, gemidos y quejas
por doquiera se levantan,
y ningun socorro viene
por la calle abandonada,
por mas que invocan la Vírgen
en fervorosa plegaria.

—

Suelto el undoso cabello,
centelleante la mirada,
palpitante el seno, y llena
de vivas rosas la cara,
llega Agustina al Portillo
henchida de angustia el alma,
llevando en la diestra mano
una cestilla tapada.
Alfombra de inertes cuerpos
se estiende bajo su planta,
y á pesar de su valor
retrocede amedrentada.
Allí miembros palpitantes;
allá cabezas segadas,
que líbidas y sangrientas
parecen pedir venganza.
Al lado de los cañones
con fé sublime, entusiasta,
los valientes artilleros
dieron su vida á la patria.
Solo uno queda en pié,
y con ínclita constancia,
sereno y con fiero arrojo
la muerte á su vez aguarda.
Ya está solo; las trincheras
van cayendo destrozadas,
que la metralla enemiga
las barre con sus descargas.
Agustina, yerta, muda
de pavor, ni un paso avanza,
que al fin es muger, y tiene
grande el espíritu y alma,
mas el horror y el espanto
llegan tambien á asombrarla.
De repente lanza un grito,
salido de sus entrañas,
y hácia el valiente artillero
como una flecha se lanza.
Deja en el suelo el cestillo,
y al artillero se abraza.
con ese afan y ternura
que solo nacen del alma.
—¡Aun vives, bien de mi vida!
¡aun vives! ¡oh Dios! ¡qué ánsia,
hasta que verte he podido
mi corazon destrozaba!
mas ya estoy contenta, ¡toma,
toma pronto! aquí se halla
algo que comas y bebas;

toma, tus fuerzas restaura,
¡que á fé que ya dura un siglo
esta terrible mañana!
Y Agustina, presurosa
el blanco lienzo levanta,
y en el fondo del cestillo
muestra provisiones varias.
—¡Vete por Dios, Agustina!
con voz sorda y angustiada
y con el llanto en los ojos
el bravo artillero esclama.
—¡Vete, que puedes morir!
¡en riesgo horrible te hallas!
¡vete de aquí, vete!...—¡No!
la jóven responde impávida.
—¡Ya que á tu lado llegué,
de aquí no me mueve nada,
y á tu lado ha de encontrarme
ó la muerte ó la venganza!
Y de uno de los muertos
estendidos á su planta,
el acerado machete
con varonil mano arranca.

—

—¿Qué pasa? ¿ya no se oye
el fuego de la metralla
del ejército francés
que hácia la ciudad avanza?
¿este siniestro silencio
qué significa? ¿qué pasa?
Así con terror profundo
medrosa se interrogaba
una tropa de paisanos
que hácia el Portillo adelanta;
nada en efecto se oia
mas que el ruido de las armas
que al caminar los valientes
con sordo rumor chocaban.
De repente un grito agudo,
siniestro, los aires rasga:
—¡Los franceses han entrado!
¡ya son dueños de la plaza!
¡favor, Dios mio, favor!
¡favor, Vírgen soberana!
Alaridos de mugeres,
gritos de vergüenza y rabia,
súplicas, quejas, lamentos,
todo en confusion estraña
sale de un inmenso grupo
que cual ruda catarata
impetuosa cayendo
todo lo anegan sus aguas,
y vá de predicadores
por la calle solitaria.
Aquel medroso turbion
chocó con la tropa armada
de paisanos, que al Portillo
ya recelosa bajaba,
y no recorre el relámpago
con mas presteza las anchas
bóvedas del firmamento,
y no mas pronto desgarra
el rayo las negras nubes
cuando á la tierra se lanza,
que fué rápido el terror
que á los paisanos embarga.
Uniéndose á los que huian,
huyeron tambien, y en alas
del horror y de la angustia,
—¡Vírgen del Pilar! gritaban,
—¡ampáranos, madre mia,
contra los hijos de Francia!
y entretanto los tambores
se oyen que avanzan y avanzan,
y los caballos relinchan,
y el grito de—¡Muera España!
se oyen detrás de la puerta
y detrás de la muralla.
Comprendieron los franceses
que el desaliento embargaba
á los valerosos hijos
de aquella tierra sin mancha,
y con ardimiento nuevo
quisieron sacar ventaja
de aquel pánico terror,
y ya cuentan por ganada
la ciudad, ¡joya preciosa,
baluarte de su esperanza!

* * *

—¡Vas á morir! ¡sí, lo veo!
¡ya en tu frente se señala
una aureola divina
de luz apacible y cándida!
¡tu rostro no es de este mundo!
¡el cielo espera tu alma,
que ya la vida vendiste
en el altar de la patria!
¡querias que de tu lado

BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO - VALENCIA

autor - 55 - 4

cobarde me separara,
y el corazon me decia
que podria hacerte falta!
¡gracias á Dios, aquí estoy!
¡tu postrimera palabra
recojeré, y tu cabeza
quedará en mi seno helada!
Así decia Agustina
mientras tenia en su falda
del valeroso artillero
la cabeza ensangrentada.
Al furor del enemigo
cayó tambien; su mirada
volvió á la jóven, y luego
con una sonrisa vaga
cerró los ojos, y fué
á buscar la eterna palma
que los jardines del cielo
siempre á los héroes guardan.
Loca de dolor, y ardiendo
en deseos de venganza,
despidiendo por los ojos
del furor todas las llamas,
Agustina de Aragon
iracunda se levanta;
en la mano de su amante
aun una mecha inflamada
mira, y con ímpetu bravo
de la mano se la arranca.
Un cañon de á veinte y cuatro,
de mortífera metralla,
se halla cargado á su diestra;
hácia él rápida se lanza;
la mecha aplica.... el rugido
del mónstruo los aires rasga;
el humo oscurece el cielo,
y en las filas, que ya avanzan,
de las tropas enemigas
tal carnicería causa,
tal destrozo y confusion,
tan horrorosa matanza,
que el himno de la victoria
quedó ahogado en sus gargan-
y mil gemidos de muerte (tas,
pavorosos le reemplazan.
—¡A mí, paisanos, á mí!
¡nuestra será la batalla!
¡no desmayeis, que su ausilio
nos dará la Vírgen santa!
Así gritando, Agustina
reune en torno á las masas,
y en la plaza del Portillo,
poco antes abandonada,
los hijos de Zaragoza
sus fuerzas ya reanimadas,
y ya ante tan bello ejemplo
de entusiasmo henchida el alma,
á las fuerzas invasoras
con ardimiento rechazan.
De pié en medio de las turbas
con voz y accion animándolas,
Agustina se asemeja
al ángel de las batallas;
al fin, de *¡victoria!* el grito
á los cielos se levanta;
cobarde huye el enemigo,
y en aquella misma plaza
la esforzada aragonesa
heroina fué aclamada;
miró su pecho adornado
con una aurífera placa,
y con el grado de alferez
su bravura fué premiada.
¡Amor y patria! estos fueron
los móviles de la hazaña
de Agustina, y á su arrojo
debió la ciudad que bañan
las mansas ondas del Ebro
su libertad sacrosanta.
Tan preclaro y noble ejemplo
presto siguió toda España,
y la patria independencia
al fin se vió asegurada.
Por eso montes y valles,
bosques, prados, fuentes y au-
de la inmortal Agustina (ras,
el glorioso nombre aclaman.
Hoy un modesto sepulcro
sus amados restos guarda,
que palmas, mirto y laureles
constantemente engalanan.
España entera á su nombre
recuerdo eterno consagra,
que este nombre simboliza
Amor, Religion y Patria.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Imp. de José M. Ayoldi.